

# El diario del Chavo del Ocho

## Educación de Jóvenes y Adultos en América Latina

■ CINTHIA WANSCHELBAUM\*

### Presentación

El “Chavo del Ocho” es un programa de televisión que solíamos (y suelen) ver los niños y niñas en todo América Latina. Uno de los focos del programa está en la educación del Chavo. La idea de este artículo es imaginar y escribir sobre cómo hubiera continuado su educación. Elegimos al Chavo como un personaje que representa de modo ficcional la infancia de los y las jóvenes que solemos encontrar en la Educación de Jóvenes y Adultos. Su historia de vida, es la de muchos de los jóvenes y adultos con los que nos cruzamos en nuestros trabajos de investigación y docencia. ¿Cómo continuó su vida?, ¿qué pasó con su educación? son los interrogantes que guiaron nuestra imaginación. Mezclamos la escritura y el juego, la realidad con la fantasía. Jugamos a continuar el guion a partir de los análisis de nuestra investigación actual. Nos atrevimos a fantasear con cómo seguiría la vida del personaje. Y eso es lo que leerán a continuación.

Soy el Chavo del Ocho. Así me dicen. Mi nombre real no sé cuál es y creo que nací en la ciudad de México. Supongo que debo tener 45 años. ¡No sé exactamente mi edad pues era muy chiquito cuando nací! No tengo mamá, ni papá. A mi papá, de hecho, no lo conocí. A mi mamá sí, pero solo un tiempo. Ella trabajaba mucho y me dejaba en una guardería por la cual me pasaba a buscar después de terminar su trabajo. Un día no vino más a buscarme. Por eso me llevaron a vivir a un orfanato. Viví muchos años ahí y una noche me escapé. Las monjas con las que vivía, no hicieron mucho para evitarlo. Me dejaron la puerta abierta...

Cuando huí de ahí viví un tiempo en la calle y trabajé de limpiabotas. Engrasaba los zapatos de las personas. Solía tener mucha hambre. No tenía plata para comprar la comida que veía en el mercado. Pero a veces, había señores que me regalaban alguna torta de jamón, y hasta había uno que me dejaba dormir en uno de los carros que él cuidaba por la noche. Durante el tiempo que estuve en la

\* Investigadora CONICET. IICE-Universidad de Buenos Aires. Argentina. CE cinwans@gmail.com

calle, me uní a un grupo de niños que estaban así, sin casa, como yo. Solían fumar cigarros y también tenían una bolsa que su contenido olía fuerte. En ese entonces yo no entendía para qué metían sus narices ahí adentro.

Según recuerdo, cuando uno de los niños se murió me asusté mucho y empecé a ir por otras calles. Una mañana que iba caminando empezó a llover mucho. Para resguardarme de tanta agua me metí en una vecindad. Y desde ese momento vivo ahí, aquí. Primero me alojó una señora muy vieja que vivía en el número ocho.<sup>1</sup> Pero un día la viejecita falleció. Poco tiempo después vino otra persona a vivir en el ocho y yo me tuve que mudar. Los amigos que me hice en la vecindad me invitaban un día cada uno a dormir con ellos. Doña Florinda, y su hijo Quico (que en realidad se llama Federico, Federicico); Ron Damón<sup>2</sup> y su hija La Chilindrina. Y Doña Clotilde, a la que le decíamos la bruja del 71. El dueño de la vecindad era el señor Barriga. Muchas veces pasaba a cobrar las rentas con su hijo, el Ñoño. El señor Barriga para mí era el hombre más rico del mundo porque era dueño de todita la vecindad. Ahora lo es el Ñoño, ¡porque el señor Barriga explotó! Todos los que vivían aquí tenían que pagarle una renta todos los meses. Él vivía muy bien en una casa enorme, a costa de lo que le pagaban los vecinos de la vecindad. Cuando él llegaba a la vecindad yo lo recibía con un golpe en su panza, y siempre le decía, “Fue sin querer queriendo”, y él siempre me contestaba gritando “¡Tenía que ser el Chavo del Ocho!” y me miraba mal. Yo no le caía bien porque no pagaba renta.

En esa época, cuando estaba muy triste y quería llorar sin que me vieran, me metía adentro del barril que estaba en el patio de la vecindad. Yo no vivía en el barril, como muchos piensan. Me metía ahí cuando no quería que los demás se dieran cuenta de que estaba llorando. O cuando no quería ver a nadie. ¡Ah! y también para pensar. Hay muchos que piensan que yo no pensaba. Pero no es verdad. Capaz que no pensaba como pensaban que debo pensar. Pero yo pienso.

Como les conté antes, en la vecindad vivíamos muchos niños. Parecía que éramos todos iguales, pero no. Por ejemplo, Quico, él también era huérfano, pero solo de papá. Mamá tenía. Era Doña Florinda. El papá de Quico se murió cuando él era muy chiquito. Trabajaba como marinero en un barco y ganaba mucho dinero. Un día el barco se hundió y el papá de Quico se murió. Doña Florinda cuenta que tenían tanto dinero como el señor Barriga. Por eso ella solía decir muchas veces que convivía con la chusma, con nosotros, los pobres. Por eso digo que con Quico no éramos iguales. Al revés. Había mucha diferencia entre nosotros. Él tenía plata y yo no. Así fue que yo no pude ni terminar la escuela y él llegó a estudiar en la UNAM. A veces, cuando viene a visitar a su madre, me lo cruzo. Pero, sólo nos saludamos. Es como que él trata de evitarme.

Doña Florinda estaba enamorada del señor Jirafales, que era nuestro maestro en la escuela. El profesor Jirafales solía regañarme mucho, mucho. Se la pasaba gritando “¡silencio!” y todos se quedaban callados, menos yo que me quedaba al último diciendo alguna cosa que se me chispoteaba. ¡Lo hacía sin querer queriendo! Entonces el Maestro Longaniza, como una vez también se me chispoteó decirle, me castigaba. ¡Es que no me tenía paciencia! No es que el Profesor Jirafales fuera malo o que no me quisiera. El problema era que no sabía qué hacer conmigo, ni con los niños que eran como yo. Se enojaba mucho y siempre se quejaba golpeando la mesa y gritando ¡Ta, ta, ta, taaaa! A él lo habían

1 El departamento número ocho nunca se ve en la serie.

2 El Chavo le decía a Don Ramón, Ron Damón.

formado solo para enseñar a niños como Quico o Ñoño. Y con los niños que no aprendíamos a la par que los otros, no sabía qué hacer.

Me acuerdo, que un día Ñoño llevó a la escuela varias tortas de jamón y queso y no me quiso convidar. Por eso le rompí todo lo que se llama la cara. El profesor Jirafales me castigó de nuevo y me dejó sin recreo. Ahora que estoy más grande entiendo que los problemas no se resuelven a los golpes, pero tampoco con el castigo. A mí me dolía mucho ver que a Ñoño le sobraba la comida y a Quico los juguetes, y que no me los prestaban. Yo no tenía ni comida, ni juguetes, y eran dos de las cosas que más deseaba. Como cualquier niño. Comer y jugar. Pero parece que yo no tenía derecho a eso. La única vez que me regalaron para navidad un cochecito de plástico se lo regalé al hijo de la portera de la vecindad. No como Ñoño, que le habrían regalado dos pelotas y no las compartió con nadie. Y aunque no parezca, entre que yo o el hijo de la portera no tengamos regalos y que Ñoño tuviera dos, hay una relación bien directa. Porque él tenía dos, nosotros no teníamos ninguno.

Una vez estábamos en la escuela estudiando los animales, y el profesor Jirafales preguntó cuáles eran los animales que comían de todo, y yo respondí que los que comían de todo eran los ricos. También en una clase, me acuerdo que estudiamos que el intestino de las personas mide como seis metros de largo, y yo dije en voz alta interrumpiendo al profesor Jirafales, como solía hacer, que con tan poca comida que yo comía seguro que tenía dos o tres metros de intestino sin estrenar. La única vez que en mi infancia comí mucha comida y como tres veces en el día fue cuando estuve enfermo y me llevaron al hospital. Entonces, después esperaba enfermarme, así podía comer bien. Hablando de comida, en otra clase, el profesor Jirafales nos pidió que hiciéramos de tarea un trabajo sobre la desnutrición. Yo no tenía ni la menor idea de qué escribir. Con su humor irónico, la Chilindrina me dijo que no hacía falta que escribiera, que con llevar una fotografía mía bastaba. Cuando la Chilindrina me dijo eso el Profesor Jirafales la retó. Muchas veces Longaniza me defendía.

Lo único que me molestaba era que todo el tiempo me insistía para que me bañara. Que me lavara las orejas, que también el pescuezo. Y me advertía que no me bañara después de desayunar. Menos mal, porque si fuera al revés, si hubiera tenido que bañarme después del desayuno, ¡no me hubiera bañado nunca! Creo que el contacto más periódico que tenía con el agua era cuando me cruzaba con doña Clotilde, la bruja del 71. A mi ella me daba mucho miedo y me agarraba la garrotera, me quedaba inmóvil, y para que pudiera volver a moverme me tenían que echar agua fría. Si eso contara como un baño, ¡entonces sí me bañaba seguido!

Al profesor Jirafales todo el tiempo le gustaba decir que la escuela era la fuente del saber, y que los niños y niñas que íbamos allí debíamos beber de esa fuente. Pero a mí me parece que no todos bebíamos la misma cantidad del agua de esa fuente. Quico y Ñoño, como siempre, bebían mucha más y no me convidaban. Hay muchos señores y señoras acá en México y en otros países que escribieron mucho sobre esto que estoy diciendo. Ellos dicen que en la educación existe la desigualdad según la clase social. Aunque de apariencia la escuela se vea como igualitaria, no lo es. El otro día leí en el diario que se cumplía un aniversario de la muerte de Aníbal Ponce. Ponce, que era argentino pero que se murió acá en México, decía que en dar distintas y desiguales educaciones según la clase de pertenencia consiste la hipócrita ideología de las clases dirigidas.

Y esto que él dice yo lo viví en mi propia historia educativa. Fui un tiempo a la escuela, pero la escuela no supo qué hacer conmigo... No terminé la primaria. Los maestros decían que a mí no me daba la cabeza, pero para mí no era eso. Cuando trabajaba de lustrabotas, me daban dinero y yo de-

volvía el cambio. Hasta cuando aumentaban de precio las tortas de jamón yo sabía cuánto había aumentado. O sea, fuera de la escuela podía hacer cuentas, pero en la escuela, no. Lo que sabía hacer en mi trabajo no podía resolverlo cuando lo escribía en clase con lápiz en el papel. Perfectamente podía hacer el cálculo en mi cabeza de lo que había recaudado en el día, pero esa suma escrita en un cuaderno en el contexto del aula me resultaba imposible de resolver. Además, en la escuela nos hacían leer y escribir muchas cosas que no tenían sentido. Por ejemplo, yo aprendí a escribir escribiendo “mi mamá me ama”, y no tenía mamá... Creo que en la escuela los maestros pensaban que todos somos como Ñoño que eran niños urbanos de clase media. Y no es así. Eso se lo escuché decir a una señora que se llama Emilia Ferreiro<sup>3</sup> una vez que la entrevistaron en la tele y creo que tiene razón.

Cuando uno es chico, los adultos suelen preguntar qué quieres ser cuando seas grande. A mí me lo preguntaban y yo soñaba con que cuando fuera grande pudiera rentar uno de los apartamentos de la vecindad y dejar de trabajar de lustrabotas. Vivo en la vecindad porque la Chilindrina se fue a vivir a Estados Unidos y me dejó al cuidado de Ron Damón, y cambié de trabajo. No trabajo de lustrabotas, ahora soy repartidor de diarios. Muchos políticos y muchas propagandas en la televisión nos quieren hacer creer que si uno individualmente se esfuerza puede mejorar económicamente. Pero si uno empieza a mirar alrededor, eso no es lo que nos pasa a los que somos trabajadores.

Como trabajo de repartidor de diarios, leo muchos. El otro día leí en una nota, que 757 millones de adultos y 115 millones de jóvenes son analfabetos en el mundo.<sup>4</sup> La nota decía que hace muchos años hay especialistas que se reúnen para hablar sobre esto. Por ejemplo, en el año 2000 en la ciudad de Dakar, cuando se estableció la Década de la Alfabetización. Según lo que se acordó allí, para el año 2020 en los países de Iberoamérica, no debería existir más ningún joven o adulto analfabeto. Pienso que es difícil que ocurra eso. En Facebook vi un video del profesor Manuel Gil Antón, del Colegio de México, en el que analiza la realidad educativa mexicana y explica que en nuestro país somos 114 millones habitantes, de los cuales 74 millones tienen entre 15 y 64 años. De esos 74 millones, 5.4 millones son analfabetos, 10.1 no terminaron la escuela primaria y 16.4 no concluyeron la secundaria. Es decir, 31.9 millones de mexicanos, incluyendo a los que no saben leer y escribir, no tienen su escolarización obligatoria completa. En porcentaje, representan 43% de la población entre 15 y 64 años. Para que se entienda mejor, el profesor dice que esto significa que cada año son pateados por la escuela un millón de alumnos entre 6 y 17 años. Si hay 200 días de clase obligatorios, quiere decir que cada día de clase 5,000 estudiantes son expulsados de las aulas.<sup>5</sup>

Eso es lo que me pasó a mí. Fui expulsado de la escuela. No terminé la primaria cuando era niño. No porque no quisiera, como muchos piensan, sino porque tenía que trabajar. No es verdad, como se suele pensar, que uno deja la escuela porque no le da la cabeza o porque no le gusta estudiar. A mí me hubiera gustado seguir yendo a la escuela secundaria como mis amigos, Quico, Ñoño y la Chilindrina, que sí continuaron sus estudios.

Igual, ya de adulto lo volví a intentar. Fui a una escuela primaria de adultos, y ahí sí terminé. Fue un esfuerzo tremendo. Me levantaba a las 4:30 de la mañana para ir a repartir los diarios, trabajaba

<sup>3</sup> Véase Ferreiro, E. (1994).

<sup>4</sup> Dato de la UNESCO, 2015, <http://www.uis.unesco.org/data/atlas-literacy/sp>

<sup>5</sup> Véase vídeo de Manuel Gil Antón (2014).

todo el día y a las 18:00 hs. iba a la escuela hasta las 22:00 hs. Para un adulto que trabaja, ir a estudiar a la noche con el cansancio del día es muy difícil...

Una vez, la directora de la escuela invitó a una profesora con mucha experiencia en la Educación de Jóvenes y Adultos,<sup>6</sup> a que nos diera una charla. Empezó diciendo que para ella la educación escolar de adultos no debería existir. Yo al principio no entendí lo que quería decir. Pero después, cuando siguió hablando y se explicó mejor, comprendí que lo que ella decía era que la existencia de la educación escolar de adultos, como la primaria de adultos a la que yo iba, era porque vivíamos en un sistema injusto. Que, así como existe desigualdad económica, también existe desigualdad en la educación. Contó también que cuando se crearon las escuelas hace mucho tiempo, en el siglo pasado, se pensó que se iba a acabar el analfabetismo en los adultos porque todos desde niños iban a ser alfabetizados. Pero eso no fue lo que pasó. No todos los niños empezaron a ir a la escuela y no todos la terminaban. Entonces empezó a existir otro circuito de escuelas destinadas a los adultos que nunca empezaron o terminaron la escuela primaria o la secundaria. Y que con el correr del siglo XX eso le empezó a pasar cada vez a más jóvenes. Por eso ahora no se dice más Educación de Adultos, sino Educación de Jóvenes y Adultos. Cuando contaba eso, me acordé que un primer día de clases, cuando era un niño, le dije a la Chilindrina que los niños éramos los que teníamos que ir a la escuela y nos los “adúlteros”.<sup>7</sup> En ese momento, no sabía que existían escuelas para adultos.

Todos los que íbamos a la escuela de adultos éramos pobres. Parecería que Educación de Jóvenes y Adultos fuera una forma disimulada para referirse a la educación de nosotros, a los que en Argentina les dicen los cabecitas negras. Hablando de Argentina, uno de mis maestros de la escuela primaria de adultos era argentino. El hombre nos contó que se había tenido que escapar de su país y venir para México en el año 1976, cuando en Argentina dieron un golpe de Estado los militares. Antes de tener que exiliarse aquí, el profesor trabajaba en escuelas primarias de adultos en Buenos Aires. Como todavía no sabía mucho de la historia y de la situación de la Educación de Jóvenes y Adultos en México, nos hablaba mucho de lo que él conocía. Y al escuchar sus relatos nos dábamos cuenta que nos pasaba lo mismo. Que eso que me pasaba a mí, no era un problema del Chavo o de los mexicanos, sino que el analfabetismo o la imposibilidad de terminar los estudios escolares primarios o secundarios, es un problema que afecta a muchos en todos los países de América Latina. Una vez, después de mucho tiempo, supe que el profesor volvió a la Argentina, después que terminó la dictadura y es director de una escuela primaria de adultos para jóvenes en situación de calle. Para mí ese profesor argentino fue muy importante. Me acompañó mucho para que yo pudiera terminar la primaria. En un momento, pensé que no la iba a poder terminar. Que iba a fracasar de nuevo. Porque eso nos hace creer la sociedad, que yo el Chavo fracasé, que es un problema individual, que a algunos no nos da la cabeza. Pero no es así. Ya lo dije antes, pero lo vuelvo a repetir porque es el argumento que más se escucha decir sobre nosotros. Porque si fuera así, entonces Quico tampoco habría terminado la escuela ¡y el sí la concluyó!

Quico... Recuerdo que cuando le preguntaban qué quería ser cuando fuera grande decía que quería ser como su mamá. Estudió psicología en la UNAM porque quería entender por qué quería ser

<sup>6</sup> Nos referimos a Amanda Toubes.

<sup>7</sup> En un capítulo el Chavo, para referirse a los “adultos”, dice “adúlteros”.

como su mamá, y por qué siempre lloraba. Ahora parece que es un psicólogo muy reconocido. Ya les conté que viene a la vecindad a visitar a Doña Florinda, que todavía vive y sólo me saluda de compromiso.

La Chilindrina decía que quería llegar a ser presidenta. Eso, obviamente, no pasó. Terminó la escuela secundaria y después se puso a trabajar. Se casó y tuvo cuatro hijos. Se fue a vivir a Estados Unidos. Cada vez que llega una carta de ella se la leo a Ron Damón porque está viejito y no ve bien.

Ñoño soñaba con ser dueño de muchos restaurantes. Lo logró. Con la plata de las rentas de las propiedades del señor Barriga, que falleció hace unos años, abrió un montón de restaurantes por la Ciudad de México. A veces paso por alguno y lo veo desde detrás del vidrio. Creo que una vez me vio y me reconoció. Pensé que me iba a invitar con alguna comida. Pero me dio vuelta la cara.

Y yo, el Chavo del Ocho, sigo viviendo en la vecindad... Cada tanto me sigo metiendo en el barril para pensar y llorar tranquilo. Y cuando estoy ahí acurrucado en el barril pienso que vivimos en un orden social, el capitalista, que se asienta en determinaciones destructivas y en el que los mínimos requisitos para la satisfacción humana le son negados, insensiblemente, a la amplia mayoría de la humanidad. Vivimos en un sistema que obedece a la lógica del lucro, en el cual la pobreza sigue creciendo, la desocupación aumenta, el trabajo se intensifica, las minorías cada vez tienen más y las mayorías cada vez tenemos menos, los niños siguen muriendo por causas evitables, la tierra se enfurece por la mano del hombre, la brecha entre ricos y pobres se ensancha, y algunos llegan a la universidad, mientras que otros terminamos la escuela siendo adultos.

Y mientras estoy allí metido en el barril, también pienso y sueño con que más pronto que tarde podamos transformar esa realidad, y para todos sea todo.

## Referencias bibliográficas

- Ferreiro, E. (1986), *Proceso de alfabetización. La alfabetización en proceso*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Gil Antón, M. (2014), “Las grietas de la educación en México”, en [www.youtube.com/watch?v=lbd-q8NZHhg&noredirect=1](http://www.youtube.com/watch?v=lbd-q8NZHhg&noredirect=1) (consultado el 25 de agosto de 2016).
- UNESCO (2015), *Informe de Seguimiento de la Educación para Todos (EPT) en el Mundo 2015*, en <http://www.uis.unesco.org/data/atlas-literacy/sp> (consultado el 25 de agosto de 2016).